

rano volvieron en seguida la espalda y huyeron hacia su campamento con tanta precipitación como perseguían antes. En aquella derrota cayeron muchos muertos y prisioneros, y la confusión se hubiese comunicado al campamento si Filopemeno no hubiese mandado tocar retirada, temiendo menos al enemigo que las dificultades del terreno, en el que cada paso que avanzaba podía colocarle en situación peligrosa; pero suponiendo después del resultado del combate, y con la previsión que distingue á los hábiles capitanes, que se encontrarían muy alarmados, hizo pasar á su campamento un auxiliar suyo. Este fingido desertor les dijo como cosa segura que los aqueos se proponían situarse á la mañana siguiente en las orillas del Eurotas, que corre cerca de las murallas de Lacedemonia; que querían cerrarles el paso, impedir que el tirano se refugiase en caso necesario en la ciudad, interceptar los convoyes que desde aquella enviasen al campamento y al mismo tiempo procurar una sublevación contra Nabis. Sin dar completo crédito á las palabras del desertor, el tirano, en su miedo, creyó tener plausible motivo para abandonar el campamento. A la mañana siguiente mandó á Pitágoras que se colocase delante de las empalizadas con los auxiliares y la caballería; y él salió con el grueso del ejército como para formarse en batalla y mandando en seguida que se dirigiesen las enseñas hacia la ciudad.

En cuanto vió Filopemeno que caminaban por estrecha y rápida pendiente, envió toda su caballería y sus auxiliares cretenses contra las fuerzas que defendían el campamento enemigo. Al acercarse aquellas fuerzas, asustado Pitágoras de su aislamiento, pensó primeramente retirarse á los parapetos; pero cuando vió todo el ejército aqueo avanzando en buen orden, temió verse cogido al mismo tiempo que se apoderaban del campa-

mento, y decidió seguir á los suyos, que ya habían avanzado mucho. En seguida asaltaron los cetratos el campamento y lo saquearon, mientras que el resto de los aqueos se ponían en persecución del enemigo. El camino era tan difícil, que un ejército, hasta al abrigo de toda sorpresa, le habría recorrido con trabajo. En cuanto se trabó el combate con la retaguardia y los gritos de terror de aquellas tropas cogidas por la espalda llegaron á las primeras filas, todos á porfía arrojaron las armas, dispersándose en los bosques que bordeaban el camino. En un momento quedó cubierto el suelo de montones de armas, especialmente picas, que cayendo casi todas de punta, formaron como una empalizada que obstruía el paso. Filopemeno mandó á sus auxiliares que estrechasen todo lo posible á los vencidos, cuya caballería especialmente debía encontrar obstáculos en su fuga, y tomando el camino más fácil, se dirigió con el grueso del ejército á las orillas del Eurotas. Llegó allí al ponerse el sol, y esperó las tropas ligeras que había dejado en persecución del enemigo. Reuniéronsele en la primera vigilia y le anunciaron que el tirano había entrado en la ciudad con poca comitiva y que los demás soldados vagaban sin armas por los bosques. El general les mandó comer; en seguida eligió los más valientes de los que habiendo llegando primero al campamento habían podido comer y descansar algo, mandando que no llevasen más armas que la espada, marchando en seguida á apostarse en los caminos de las dos puertas que llevan á Feras y al monte Barbostenes; suponiendo que por allí se retiraría el enemigo. Sus previsiones se realizaron: mientras duró el día, los lacedemonios no salieron de sus bosques, avanzando por senderos ocultos. Al cerrar la noche y viendo las hogueras que encendían en su campamento los aqueos, se acercaron, pero siguiendo caminos extraviados. En

cuanto pasaron de allí se creyeron seguros y bajaron a la llanura, sorprendiéndoles los soldados que Filopemeno había emboscado aquí y allá, y tan considerable fue la pérdida del tirano, tanto en muertos como en prisioneros, que apenas le quedó la cuarta parte de su ejército. Mientras que Nabis permanecía encerrado en su ciudad, Filopemeno debilitaba y casi destruía su poder. Después de emplear los treinta días siguientes en talar las tierras de la Laconia, regresó á su país, donde se consideró igual su gloria á la del general romano, y hasta superior en lo relativo á la guerra de Laconia.

Mientras peleaban los aqueos y el tirano, recorrían legados romanos las ciudades aliadas, temiendo que los etolios hubiesen ganado algunas al partido de Antioco. Con los aqueos permanecieron muy poco tiempo, porque el encarnizamiento que mostraban contra Nabis, hacía suponer que eran fieles á su palabra. Visitaron primeramente Atenas, después Calcis y en seguida Tesalia; habiendo pronunciado un discurso en una asamblea numerosa de tesalios, partieron para Demetriades y convocaron allí una asamblea de magnetos. Allí necesitaron emplear lenguaje más circunspecto, porque una parte de los notables de la nación, separándose de los romanos, habían abrazado francamente la causa de Antioco y de los etolios. Habiales enemistado con los romanos, además de la noticia de que el Senado devolvía á Filipo el hijo que éste había entregado en rehenes, y le perdonaba el tributo que le había impuesto, el falso rumor de que también le devolvía Demetriades. Con objeto de adelantarse á esta restitución, Euriloco, jefe de los magnetos, y algunos partidarios suyos, no vacilaban en provocar un trastorno general llamando á Antioco y á los etolios. Necesario era, pues, al hablarles, disipar sus vanos terrores sin destruir las esperanzas de Filipo, ni enajenarse su buena voluntad, porque

este príncipe podía ser en todo caso mucho más útil que los magnetos. Limitáronse, pues, á recordarles «que si la Grecia entera debía á los romanos el beneficio de la libertad, Demetriades les debía especial gratitud; porque no solamente la había ocupado guarnición macedónica, sino que había visto alzarse en su recinto una mansión real, como queriendo demostrarla por este medio que tenía un amo constantemente presente; que el beneficio de Roma se perdía, si los etolios introducían á Antioco en el palacio de Filipo, y tenían que soportar la ley de un príncipe nuevo y desconocido, en vez de un rey que conocían desde muy antiguo. El magnetarco (así llaman los magnetos á su primer magistrado), que entonces era Euriloco, contestó con la autoridad que le daba su cargo, que ni él ni los magnetos podían ocultar el rumor que había corrido acerca de la restitución de Demetriades á Filipo, y que, para impedir aquella desgracia, los magnetos estaban decididos á arriesgarlo todo y á intentarlo todo. Arrebatado por la palabra, cometió la imprudencia de decir: «En este momento Demetriades solamente tiene apariencia de libertad: en realidad todo se hace según el gusto de los romanos.» Al oír esto, estallaron murmullos en la asamblea, aplaudiendo unos aquel atrevido lenguaje, é indignando á otros tamaña audacia. Tanto enojó esto á Quincecio, que, levantando las manos al cielo, tomó á los dioses por testigos de la ingratitud y perfidia de los magnetos. Aquel escándalo produjo general impresión de terror. Entonces Zenón, uno de los personajes más notables del país, muy considerado gracias á la habilidad de su conducta y á su conocida afición por los romanos, rogó, llorando, á T. Quincecio y á los otros legados que no imputasen á toda la nación la intemperancia de uno solo. «Cada cual, dijo, debe ser responsable de su conducta. Los magnetos sabían bien que debían

á T. Quincio y al pueblo romano; no solamente su libertad, sino todo aquello que los hombres estiman más y tienen por más sagrado. Los dioses no podían conceder á los mortales ningún favor que los magnetos no hubiesen recibido de la república; y que antes dirigirían su furor contra sí mismos, que faltarían á la amistad romana.»

Unieronse todos á los ruegos de Zenón, y Euriloco, al salir de la asamblea, dirigióse á la puerta de la ciudad por calles extraviadas y huyó en seguida á Etolia; porque los etolios declaraban más cada día su defección. Quiso la casualidad que, precisamente en aquella época, Thoas, uno de sus jefes, regresase de la misión que le habían confiado cerca de Antioco y trajese con él á Menipo, embajador del rey. Antes de presentarse en la asamblea, los dos habían ponderado mucho las fuerzas de mar y tierra que traía el rey, diciendo por todas partes que estaba en marcha prodigioso número de elefantes y jinetes; que del centro de la India llegaban elefantes, y sobre todo que Antioco traía bastante oro para poder comprar hasta á los mismos romanos, creyendo que este último punto era el que más había de impresionar á la multitud. Los legados romanos comprendían bien el efecto que estas exageraciones producirían en la asamblea, estando enterados de su llegada y manejos. Nada podían esperar por este lado; sin embargo, Quincio estimó que no era inútil hacer intervenir en aquella asamblea algunos legados de los aliados encargados de recordar á los etolios su tratado con Roma y que levantasen atrevidamente la voz contra el legado del rey. Fueron estos los atenienses, á los que consideró como más á propósito á causa de la importancia de su ciudad y de la antigua alianza que les unía con los etolios. Quincio les rogó enviasen legados al Panetolio, en cuya asamblea habló primeramente Thoas para

dár cuenta de su misión. Después se presentó Menipo, diciendo «que hubiese sido gran fortuna para la Grecia y el Asia que la intervención hubiese sido posible cuando se encontraba íntegro todavía el poder de Filipo; que cada cual habría conservado el goce de lo suyo, y que no dependería todo de la voluntad y despotismo de los romanos. Todavía hoy, añadió, con tal de que queráis llevar á buen fin con vuestra perseverancia los proyectos que habéis formado, Antioco podrá, con el auxilio de los dioses y el apoyo de los etolios levantar la situación de la Grecia y restituirla su antigua importancia; importancia que consiste en una libertad bastante fuerte para que subsista por sí misma sin depender de voluntad extraña.» Los atenienses, que obtuvieron en seguida la palabra, nada dijeron de Antioco y se limitaron á recordar á los etolios el tratado que habían ajustado con Roma y la gratitud que toda la Grecia debía á T. Quincio, diciendo «que no debía derribarse lo existente por excesiva precipitación. Las resoluciones rápidas y atrevidas agradaban al pronto, pero su realización era difícil siempre y el resultado desgraciado. Los legados romanos, entre los que se encontraba T. Quincio, estaban cerca. Antes de decidir nada, mejor era discutir de viva voz con ellos los puntos litigiosos, que encender en Europa y Asia funesta guerra.»

La multitud, ávida de cosas nuevas, estaba completamente entregada á la causa de Antioco, no queriendo que se admitiese siquiera á los romanos en la asamblea; pero los notables, especialmente los más ancianos, tuvieron bastante influencia para que se les oyese. Enterrando los atenienses á Quincio de esta resolución, creyó conveniente marchar á Etolia, esperando modificar las determinaciones adoptadas ó demostrar á todo el mundo que solamente los etolios eran los culpables de la guerra, y que, al tomar las armas los romanos, no

hacían otra cosa que ceder á las leyes de la justicia y de la necesidad. En cuanto llegó, se presentó Quinceio á la asamblea, tomó los hechos desde el origen del tratado concluído entre Roma y Etolia, recordó las numerosas infracciones de la fe del juramento que habían cometido los etolios, y dijo algo acerca de la posesión de las ciudades en litigio. «Sin embargo, añadió, si creían tener algún derecho, ¿no era mil veces mejor enviar á Roma una embajada, fuese para discutir sus pretensiones, fuese para atraerse al Senado con súplicas, que desempeñar el oficio de lanistas (1) comprometiendo al pueblo romano y á Antioco en una guerra que conmovería al mundo y causaría la ruina de Grecia? Las desgracias de aquella contienda caerían primeramente sobre los que la provocasen.» Esta especie de vaticinio del romano quedó perdido: á Thoas y á todos los de su partido que hablaron en seguida, se les escuchó con marcada benevolencia; y en la misma sesión, después de la salida de los romanos, hicieron adoptar un decreto invitando á Antioco á que acudiese á libertar la Grecia y á decidir las diferencias surgidas entre los etolios y los romanos. A la insolencia de este decreto, el pretor Demócrito añadió personalmente otro ultraje. Habiéndole pedido Quinceio comunicación del decreto, contestó, sin respeto al carácter de aquel varón ilustre, que en aquellas circunstancias tenía otras cosas más importantes de que ocuparse, pero que le enviaría muy pronto el decreto y su contestación desde su campamento en las orillas del Tíber en Italia. Tal era el vértigo que cegaba entonces á los etolios y hasta á sus magistrados.

Quinceio y sus colegas regresaron á Corinto. Después de su marcha, los etolios, que no querían aparentar que

(1) Maestros de gladiadores.

lo esperaban todo de Antioco sin hacer nada por sí mismos, ni permanecer inactivos hasta la llegada del rey, no convocaron asamblea general, pero procuraron por mediación de sus apocletos (así llamaban á los personajes distinguidos que formaban el consejo secreto) todos los medios de promover algún trastorno en Grecia. Era cosa sabida que, en todas las repúblicas, los ciudadanos más importantes y prudentes eran partidarios de los romanos y estaban satisfechos del estado de las cosas, mientras que la multitud y los descontentos deseaban ardientemente un cambio. Los etolios concibieron el proyecto audaz y hasta temerario de apoderarse en el mismo día de Demetriades, Calcis y Lacedemonia, y enviaron á cada ciudad de estas uno de sus compatriotas más importantes; Thoas á Calcis, Alexamenés á Lacedemonia y Diocles á Demetriades. A este le ayudó Euriloco, cuyo voluntario destierro dí á conocer y expliqué antes, y que no tenía otro medio para regresar á su patria. Siguiendo las instrucciones que Euriloco envió por escrito á sus parientes, amigos y partidarios, presentáronse en una asamblea numerosa su mujer y sus hijos, vestidos de luto y con los atributos de los suplicantes, y rogaron á cada ciudadano en particular y á todo el pueblo en general que no dejaran envejecer en el destierro á un inocente, á un desgraciado que ni siquiera había sido condenado. Los hombres de buena fe, cediendo á la compasión, y los intrigantes y levantiscos, seducidos por la esperanza de producir un trastorno general á favor del movimiento iniciado por los etolios, pidieron con instancias su llamamiento. Cuando estuvo preparado todo de esta manera, Diocles, que mandaba la caballería, partió al frente de este cuerpo, so pretexto de traer al desterrado, que era su huésped, y después de rápida marcha de un día y una noche, se encontró en la mañana del segundo día á unas

seis millas de Demetriades. Entonces se adelantó con tres turmas escogidas, y mandó á las demás que le siguiesen de cerca. Al acercarse á la puerta mandó echar pie á tierra á todos, encargándoles llevasen los caballos de la brida, como si fuesen de marcha, sin conservar las filas, con objeto de hacer creer que estaban allí para escoltar más bien que para sostener á su jefe. En seguida dejó una turma en la puerta para mantener el paso franco á los que seguían, atravesó la ciudad y el Foro, llevando á Eulorico de la mano, y lo acompañó hasta su casa, en medio de la multitud que salía á su encuentro para felicitarle; pero muy pronto quedó la ciudad llena de jinetes, que ocuparon los puntos más ventajosos, y los soldados entraron en las casas para degollar los jefes del partido contrario. De esta manera cayó Demetriades en poder de los etolios.

En Lacedemonia no se trataba tanto de apoderarse de la ciudad por la fuerza, como de coger por sorpresa al tirano. Habiéndole despojado de sus ciudades marítimas los romanos, los aqueos le habían reducido además á encerrarse en las murallas de su ciudad. El que se encargarse de matarle estaba seguro de atraerse la gratitud de los lacedemonios. Los etolios no necesitaban buscar pretexto para enviar fuerzas por aquel lado, porque no cesaba de pedirles con instancia socorros, puesto que por instigaciones de éstos se había sublevado. Alexamenes recibió mil hombres de á pie y treinta jinetes elegidos entre la juventud. El pretor Demócrito dijo á los jinetes, en el consejo secreto de que ya se ha hablado, que no debían considerarse encargados de una expedición contra los aqueos, ni de ninguna otra empresa que imaginasen; que se les pedía estuviesen dispuestos á ejecutar puntualmente todas las resoluciones que las circunstancias aconsejasen á su jefe Alexamenes, por inesperadas, por temerarias y hasta imprudentes

tes que pareciesen; y que acatasen sus órdenes como persuadidos de que era este el único objeto de su misión. Instruidos de esta manera aquellos jóvenes, púsose Alexamenes á su frente, y al llegar ante el tirano, se apresuró á darle lisonjeras esperanzas, diciéndole que «Antioco había pasado ya á Europa; que muy pronto se encontraría en Grecia y cubriría la tierra y el mar con sus ejércitos y sus flotas. Los romanos verían claramente que tenían que habérselas con un enemigo muy diferente de Filipo, porque era imposible calcular el número de sus infantes, caballos y naves. El solo aspecto de la línea de elefantes bastaría para decidir la victoria. Los etolios estaban dispuestos á marchar hacia Lacedemonia con todas sus fuerzas en cuanto lo exigiesen las circunstancias; pero habían querido enseñar al rey, en cuanto llegase, númeroso ejército armado. Imitando este ejemplo debía Nabis poner también el suyo en campaña, en vez de dejarlo encerrado en la ciudad, donde le extenuaba la inacción; debería obligarle á manio-brar con las armas, excitar el ánimo del soldado y robustecer su cuerpo. La costumbre hacía más soportables las fatigas, y hasta podían hacer que se encontrase cierta satisfacción en ellas, la benevolencia y afabilidad del general. Desde entonces comenzó Nabis á hacer manio-brar sus tropas fuera de la ciudad, en la llanura que se extiende en las orillas del Eurotas. Los guardias del tirano estaban colocados casi en el centro; el tirano, seguido de tres jinetes á lo sumo, entre los que frecuentemente se encontraba Alexamenes, recorría á caballo el frente de batalla, trasladándose de un ala á otra; en la derecha estaban los etolios, es decir, los auxiliares alistados desde mucho tiempo en el ejército de Nabis y los mil hombres que había llevado Alexamenes. Este había tomado la costumbre de recorrer algunas filas con Nabis, dándole los consejos que creía útiles, y en seguida

llevaba rápidamente su caballo hacia el ala derecha, donde se encontraban los suyos, y volvía al lado del tirano, después de fingir que daba las órdenes necesarias para las maniobras. Al fin, el día que había fijado para la realización de su designio, después de acompañar algún tiempo á Nabis, se retiró hacia los suyos, y dirigiéndose á los que estaban con él, les dijo: «Adelante, jóvenes: ha llegado el momento de ser audaces, y realizar el golpe de mano en el que debéis ayudarme con energía. Disponed, pues, vuestro corazón y vuestros brazos, y que ni uno de vosotros vacile en seguir mi ejemplo. ¡Desgraciado del que retroceda ó intente estorbar mi resolución! ¡no volvería á ver sus hogares!» El horror se apoderó de todos los ánimos, recordando las instrucciones que habían recibido al partir. Nabis llegaba del ala izquierda: Alexamenes mandó á sus jinetes preparar las lanzas y que tuviesen la vista fija en él. En seguida, procurando serenar su ánimo turbado por la idea de aquel atroz delito, se lanzó sobre Nabis en el momento en que se acercaba, le mató el caballo y le derribó al suelo. En aquella posición le asaltaron los jinetes, pero la coraza inutilizaba sus esfuerzos; quitáronse la y entonces pudieron matarle, expirando antes que sus guardias, colocados en el centro, pudiesen acudir á socorrerle.

Alexamenes corrió á toda brida con todos los etolios para apoderarse del palacio. Los guardias del tirano, testigos de su asesinato, habían quedado aterrados al principio; pero cuando vieron alejarse á los etolios, se reunieron en derredor del cadáver y se pusieron á contemplar á aquel cuya vida no habían sabido defender y cuya muerte no se atrevían á vengar. Nadie se hubiese movido, si Alexamenes, deponiendo las armas, hubiese convocado en el acto la asamblea del pueblo, pronunciando un discurso conforme con las circunstancias,

y manteniendo armados á los etolios reunidos, prohibiéndoles cometer ninguna violencia. Pero convenía que en la ejecución de una empresa comenzada por la perfidia, se llevase todo con precipitación que había de ocasionar la pérdida de los que habían tomado parte en ella. Alexamenes pasó un día y una noche encerrado en el palacio buscando los tesoros del tirano, y sus compañeros se dispersaron para saquear, como si hubiesen tomado por asalto la ciudad de que querían aparecer libertadores. La indignación y el desprecio dieron muy pronto á los lacedemonios valor para amotinarse: proponiendo unos expulsar á los etolios y conquistar aquella libertad que acababan de arrebatarles en el momento en que se creían á punto de triunfar: otros, para imprimir dirección común á sus esfuerzos, hablaron de poner por forma á la cabeza un príncipe de la familia real. Existía uno, muy joven, llamado Laconico, á quien Nabis hacía educar con sus hijos. Pusiéronle sobre un caballo, empuñaron las armas y degollaron todos los etolios dispersos por la ciudad. En seguida forzaron el palacio, donde trató de resistir Alexamenes con algunos de los suyos y fué muerto. Habíanse reunido otros etolios alrededor del Calcieco, templo de bronce dedicado á Minerva; allí fueron destrozados. Algunos, arrojando las armas, huyeron á Tegeo ó á Megalópolis, siendo presos por orden de los magistrados y vendidos en su basta.

A la noticia de la muerte del tirano, Filopemeno partió para Lacedemonia, á la que encontró dominada por el espanto y la confusión. Llamó á los principales de la ciudad, les habló como debió hacerlo Alexamenes, é hizo ingresar á los lacedemonios en la liga aquea; consiguiéndolo con tanta mayor facilidad, cuanto que, en aquel momento, se encontraba A. Atilio delante de Gyccio con veinticuatro quinqueres. Por el mismo tiem-

po intentaba Thoas sorprender á Calcis, por la mediación de Euthymidas, uno de los ciudadanos más notables, á quien la influencia de los partidarios de los romanos había hecho desterrar, después de la llegada de T. Quincio y de sus colegas, y por la de Herodoro Ciano, comerciante que, por sus riquezas, influía mucho en la ciudad. Los amigos de Euthymidas habían entrado también en la conspiración; pero Thoas no fué tan afortunado como Euriloco en Demetriades. Euthymidas, que se había refugiado en Atenas, marchó primeramente á Tebas y desde allí á Salganea; Herodoro pasó á Thronio. Cerca de allí tenía Thoas en el golfo Maliaco dos mil peones y doscientos caballos y unas treinta naves de transporte, y encargó á Herodoro que pasase con aquellas naves y seiscientos peones á la isla de Atalanta, para dirigirse á Calcis, en cuanto supiese que las fuerzas de tierra se acercaban á Aulida y el Euripo; tomando por su parte, con el resto de las tropas, el camino de Calcis, marchando especialmente de noche con toda la rapidez posible.

Micción y Xenocles, que después de la expulsión de Euthymidas ejercían en Calcis el poder soberano, sospecharon ó les previnieron acerca de lo que se tramaba. En el primer momento de terror no vieron otro recurso que la fuga; pero cuando dominaron el miedo y comprendieron que aquello sería hacer traición y sacrificar su patria y la amistad de los romanos, tomaron otra determinación. Celebrábase á la sazón en Eretria la fiesta anual de Diana Amarinthida (1), que atrae considerable número de eretrianos y hasta de caristios, y enviaron para que rogasen á los habitantes de estas dos ciudades, reunidos en la fiesta, que se compadeciesen

(1) Dábase también este nombre á Diana, de Amarinta, ciudad de la Eubea, donde se la veneraba especialmente. También se la adoraba con este nombre en Atenas, Eretria y Caristia.

de la desgracia de un pueblo originario como ellos de la Eubea y que no olvidasen la alianza ajustada con Roma. «No convenía, decían, dejar caer Calcis en poder de los etolios, que serían dueños de toda la isla en cuanto lo fuerán de la ciudad. Si el dominio de Macedonia les había parecido abrumador, el de la Etolia sería mucho más insostenible.» Lo que sobre todo decidió á las dos ciudades, fué el deseo de agradar á los romanos, cuyo valor en los combates acababan de experimentar, así como su justicia y generosidad después de la victoria; por lo cual armaron é hicieron partir á lo más florido de sus jóvenes. Los calcidianos confiaron á aquel refuerzo la defensa de sus murallas, y atravesando el Euripo con todas sus fuerzas, acamparon en Salganea. Primeramente enviaron desde el campamento un parlamento, y en seguida una legación para preguntar á los etolios «qué injuria ó qué ataque de su parte les determinaba á venir á sitiar aliados y amigos.» Thoas, el jefe de los etolios, contestó: «Que no iba á sitiarlos, sino á libertarlos de los romanos; que sus cadenas eran más hermosas, pero mucho más pesadas ahora que en la época en que tenían en la fortaleza guarnición macedónica. Los calcidianos replicaron que nadie les esclavizaba y que no necesitaban que les socorriesen. De esta manera terminó la entrevista y la legación regresó al campamento. Thoas y los etolios, que solamente esperaban triunfar por sorpresa, encontrándose demasiado débiles para emprender un sitio formal y atacar una ciudad defendida por mar y tierra, regresaron á sus hogares. Enterado Euthymidas de la presencia de sus compatriotas en Salganea y de la retirada de los etolios, regresó también de Tebas á Atenas. Herodoro, después de esperar en vano durante muchos días en la isla de Atalanta la señal convenida, envió una nave para enterarse de la causa de aquellos retrasos; y cuando vió que

habían renunciado á la empresa, regresó á Thronio, de donde había partido. L. Quincio y Cn. Domicio partieron para sus provincias, el primero para la Liguria, y el segundo para el país de los boyos. Estos no hicieron ningún movimiento, y hasta los senadores de la nación, con sus hijos, los generales con los caballeros en número de mil quinientos, se presentaron á someterse á Domicio. El otro cónsul taló gran parte del territorio ligurio y se apoderó de muchas ciudades fortificadas, en las que encontró no solamente rico botín y prisioneros, sino ciudadanos romanos ó aliados que habían caído en poder del enemigo y á los que puso en libertad. Aquel mismo año recibió Vibón una colonia romana en virtud de un senatus-consulta y un plebiscito; estableciéndose allí tres mil setecientos peones y trescientos de á caballo. Los triunviros encargados de esta misión fueron Q. Nevio, M. Minucio y M. Furio Crassipo. Diéronse quince yugadas de tierra á cada infante y el doble á cada jinete. Aquel territorio había pertenecido antes á los brucios, que lo habían arrebatado á los griegos. Grandes terrores experimentó Roma por esta época. El primero, que duró más tiempo, pero que hizo menos estragos, fué un terremoto de treinta y ocho días, durante los cuales la inquietud y el temor suspendieron todas las ocupaciones, celebrándose con este motivo tres días de rogativas. El segundo no fué vano terror, sino que causó multitud de desastres reales. Un incendio que estalló en el Foro Boario destruyó durante un día y una noche los edificios que bordeaban el Tiber y redujo á cenizas todas las tiendas con las mercancías preciosas que cerraban.

La relación de las cosas griegas con las romanas me ha separado de mi objeto; y no he hablado de ellas por su importancia, sino porque fueron causa de la guerra con Antioco. Después de la designación de los cónsules

(porque en esto estaba cuando me separé), los cónsules L. Quincio y Cn. Domicio partieron para sus provincias, el primero para la Liguria, y el segundo para el país de los boyos. Estos no hicieron ningún movimiento, y hasta los senadores de la nación, con sus hijos, los generales con los caballeros en número de mil quinientos, se presentaron á someterse á Domicio. El otro cónsul taló gran parte del territorio ligurio y se apoderó de muchas ciudades fortificadas, en las que encontró no solamente rico botín y prisioneros, sino ciudadanos romanos ó aliados que habían caído en poder del enemigo y á los que puso en libertad. Aquel mismo año recibió Vibón una colonia romana en virtud de un senatus-consulta y un plebiscito; estableciéndose allí tres mil setecientos peones y trescientos de á caballo. Los triunviros encargados de esta misión fueron Q. Nevio, M. Minucio y M. Furio Crassipo. Diéronse quince yugadas de tierra á cada infante y el doble á cada jinete. Aquel territorio había pertenecido antes á los brucios, que lo habían arrebatado á los griegos. Grandes terrores experimentó Roma por esta época. El primero, que duró más tiempo, pero que hizo menos estragos, fué un terremoto de treinta y ocho días, durante los cuales la inquietud y el temor suspendieron todas las ocupaciones, celebrándose con este motivo tres días de rogativas. El segundo no fué vano terror, sino que causó multitud de desastres reales. Un incendio que estalló en el Foro Boario destruyó durante un día y una noche los edificios que bordeaban el Tiber y redujo á cenizas todas las tiendas con las mercancías preciosas que cerraban.

Ya estaba para terminar el año, y cada día se hablaba más de los preparativos hostiles de Antioco, encontrándose muy preocupados los senadores, por lo que pensaron en preparar el reparto de las provincias entre los

magistrados designados, para que cada uno de ellos tomase sus disposiciones. Decidióse que las provincias consulares serían la Italia y aquella que el Senado considerase conveniente indicar: todo el mundo sabía que se trataba de la guerra con Antioco. Aquel á quien le designase la suerte, tendría á sus órdenes cuatro mil infantes y trescientos caballeros romanos con seis mil hombres de infantería y cuatrocientos jinetes de aliados latinos. Encargóse al cónsul L. Quincio que hiciese aquellos alistamientos con objeto de que el nuevo cónsul pudiese partir en el acto para el destino que le señalase el Senado. También designaron las provincias de los pretores: la primera suerte comprendía dos preturas, la urbana y la de los extranjeros; la segunda, el Brucio; la tercera, la flota, que debía dirigirse adonde le enviase el Senado; la cuarta, la Sicilia; la quinta, la Cerdeña, y la sexta, la España ulterior. Mandóse además al cónsul L. Quincio que levantase dos legiones nuevas de ciudadanos romanos, y entre los aliados del nombre latino veinte mil hombres de infantería y ochocientos caballos. Este ejército se destinaba al pretor á quien designase la suerte para la provincia del Brucio. En este año se consagraron dos santuarios á Júpiter en el Capitolio; santuarios que habían sido votados por L. Furio Purpúreo, uno en la guerra de las Galias cuando era pretor y el otro durante su consulado. Hizo la dedicación el decenviro Q. Marcio Rala. En este año se dictaron también muchas sentencias severas contra usureros por acusación de los ediles curules M. Tuccio y P. Junio Bruto. El producto de las multas que les impusieron sirvió para construir cuadrigas de oro y doce escudos del mismo metal, que quedaron depositados como ofrenda en el Capitolio, en la parte superior del santuario de Júpiter. Los ediles construyeron también un pórtico fuera de la puerta Trigemina, en los Lignarios.

Mientras se ocupaban los romanos en los preparativos de la nueva guerra, no permanecía ocioso Antioco. Tres ciudades le retenían aún, Esmirna, Alejandría de Troas y Lampsaco; hasta entonces no había podido, ni tomarlas por asalto, ni atraerlas á su partido por medio de ventajosos ofrecimientos; y no quería, en el momento de pasar á Europa, dejarlas á su espalda sin someterlas. También tenía que tomar una resolución relativamente á Anníbal. En primer lugar, las naves descubiertas que este general había de llevar al Africa se habían retrasado; después se había dudado si convendría realmente hacerle partir. Promovió principalmente esta cuestión el etolio Thoas, que, viendo muy agitada la Grecia, hacía observar que se habían apoderado de Demetriades, y que después de haber engañado á los griegos acerca del rey y levantado su valor exagerando sus recursos, empleaba además la mentira para alentar las esperanzas de Antioco. «Los votos de todos los pueblos, habíale dicho, le llamaban á Grecia; veríales acudir á porfía á las playas en cuanto descubriesen á lo lejos la flor real.» También fué Thoas quien se atrevió á combatir la determinación casi decidida del rey relativamente á Anníbal. En su opinión, «no debía separarse de la flota parte de las naves, y en el caso en que tal cosa se decidiese, Anníbal era en el que menos debían pensar para el mando. Era un desterrado, un cartaginés; podía formar diariamente mil proyectos nuevos que le inspirarían su precaria fortuna ó la movilidad de su carácter. Hasta la misma gloria militar, que en cierto modo era patrimonio suyo, era demasiado grande para un teniente del rey. El rey sólo debía atraer todas las miradas y aparecer como jefe y general. Si Anníbal perdía una flota ó un ejército, la pérdida sería tan lamentable como si se debiese á otro capitán. Si, por el contrario, conseguía algún triunfo, toda la gloria sería